

LA UNIVERSALIDAD
DE LA DEMOCRACIA

El distinguido escritor peruano D. José Silva Santistéban, acaba de publicar en Lima un libro sobre *Derecho constitucional*, en cuya frente ha puesto nuestro insignificante nombre, libro profundamente meditado, escrito con esos colores que sólo presta el amor á la libertad; verdadera imágen de un alma, que desoyendo el ruido de las grandes tempestades por que atraviesa fatalmente la América del Sur, se arropa en contemplar esa region luminosa de la eiencia, á la cual no llegará nunca la negra noche de nuestras alteradas pasiones.

No podemos pagar las lisongeras é inmerecidas palabras que nos dedica este ilustre escritor, y el saludo que de allende los mares nos envía, sinó anunciándole que hemos comprendido que esas palabras no son tributos pa-

gados á un hombre, que nada vale, sinó muestra evidente de que las doctrinas, por nosotros con tanto entusiasmo profesadas, doctrinas de paz para todas las naciones, de libertad para todos los hombres, de amor entre todas las razas; esas doctrinas democráticas, como nacidas del seno de la razón humana, que tiende en todas sus obras á lo incondicional, son unás mismas en todas las latitudes del globo, así en este viejo mundo, sembrado de ruinas, como en ese nuevo mundo que se levanta puro, ceñido con todos los resplandores de su virgen naturaleza, entre las ondas del soberbio Atlántico.

Y no puede ménos de ser así: todas las doctrinas políticas que nos han precedido, están manchadas de sensualismo; ora se inclinan medrosas ante el tiempo, esa ley de lo más tosco y terreno que hay en nuestra alma; ora creen que deben plegarse al clima, encerrando las ideas que son del cielo, en el polvo donde se mueven los insectos; ora se dejan dominar por el acontecimiento, que huye por el instante, que pasa, por todo lo contingente, que muere; ora se agarran á los sepulcros y se alimentan de cenizas, mientras nuestra hermosa idea nacida de toda la profunda elaboración del es-

píritu moderno, fundada principalmente en la razón; hija de la naturaleza humana, y su reflejo más puro en la sociedad, cree que los principios de justicia son eternos como Dios, de quien proceden, y que la libertad es una como el hombre en quien reside, y que las leyes sociales encontradas ya por la ciencia, tienen principios tan fijos é inquebrantables como las mismas leyes que ordenan y conciertan los mundos y las esferas en los infinitos espacios.

Es suponer al hombre inferior al bruto, y estimar la raza ménos que el instinto, el creer, como creen muchos, que nuestra alma no tiene en sí un principio social, un derecho, que es á su vida lo que el centro de gravedad es á los cuerpos. Este principio, este derecho incontrastable, lo necesita nuestro espíritu, como nuestro cuerpo, como nuestra organización necesita del espacio. Es verdad que se lo ha regateado el tiempo, es verdad que no lo ha tenido en toda la historia; pero si miramos con atención las diversas épocas de la dilatada vida de la humanidad, veremos que todos sus grandes movimientos se encaminan á conseguir ese principio, á grabar indeleblemente ese derecho. Aun prescindiendo de la historia antigua, en los tiempos modernos cada paso que dé el

hombre, le acerca más á esa tierra prometida.

Al pié del castillo feudal, yace el siervo, sin ley, sin derecho, sujeto á la impia voluntad de su dueño, encorvado bajo la inmensa pesadumbre de su trabajo, falto de propiedad, apurando hasta las heces de amarga copa del dolor; pero ese siervo se diferencia del esclavo antiguo en que tiene un mismo Dios que su dueño, una misma religion; y así de esta igualdad religiosa regada con la sangre de un divino mártir, más tarde ó más temprano se levantará su libertad, escrita ya con caractéres indelebiles en su frente.

Y en efecto; vienen las cruzadas, nacen los municipios, los reyes se ciñen sus armas, las universidades se levantan orgullosas, los códigos uniformes aparecen al lado de los tronos, la pólvora mina por su base los castillos, la imprenta lleva á todas las conciencias, como un apóstol de la libertad, las ideas, y el mundo de la Edad media, merced á tantos y tan rudos golpes, se desploma, y entre sus ruinas se quiebran y desaparecen las pesadas cadenas del desgraciado siervo. Mas entonces los reyes absolutos, verdaderos tribunales de esta gran revolucion política y social, los reyes que habian arrojado sobre los nobles sus guerreros,

sus juriconsultos, sus pueblos; roto ya y hecho trizas el feudalismo, creen que van á contener aquel movimiento, que van á poner diques al torrente por su propio poder impulsado, y fingén forjar con un rayo de la aureola de Dios una corona para sus sienes, y llamándose representantes del poder y del derecho divino, dicen al espíritu: de aquí no pasarás, creyendo contenerlo en un dique de arena, como Dios habia contenido el mar, cuando el espíritu humano, como progresivo, rompe todo limite que no sea la ley de su propia naturaleza.

Y entonces las olas comienzan á subir, y los reyes absolutos á ponerles diques, hasta que una tremenda tempestad, en cuyo seno se oye aún el eco de la voz augusta de la Providencia, esparce por el suelo rotas y sin brillo las coronas de derecho divino, que no volverán jamás á brillar en la historia, como no ha vuelto á surgir del seno del tiempo el ya roto y deshecho feudalismo.

Del seno de esta gran tempestad nace el hombre más libre, y más fuerte, y más poderoso. Su razon sojuzgada se levanta á la libertad, su voluntad oprimida origina la ley, los privilegios sociales que separaban unas clases de otras clases, unos códigos de otros códigos,

unos tribunales de otros tribunales, se rompen; la ciencia, patrimonio ántes de unos pocos, descende en lenguas de fuego sobre todos; el poder concentrado en unas manos, se difunde como la vida por toda la sociedad; el hogar doméstico, abierto ántes al señor que profanaba hasta el lecho mismo de la familia, es sellado con el sello augusto de la ley; el hombre comunica sus ideas con sus hermanos; la propiedad se desamortiza y se mueve y progresa; el trabajo se emancipa; la imprenta redime las conciencias; la libertad de comercio, cada día más próxima, borra las fronteras, une los pueblos; la electricidad derrama con la rapidez de la luz la palabra del hombre por toda la tierra, y aprisionada en leves hilos atraviesa los mares y habla á un mismo tiempo á todas las gentes, como si palpitara ya un sólo corazón en la humanidad; y mientras el verdugo baja poco á poco los escalones del cadalso que se arruina, y las armas de la guerra se van quebrando, la industria, el derecho de gentes, la civilización, la fuerza de las ideas, la libertad fecunda y hermosa va uniendo á todos los pueblos, más dignos ahora que nunca, por su grandeza, del amor y de la protección del Eterno.

Y todas estas maravillas que vemos, que

tocamos, todas estas maravillas son hijas de una libertad mesurada; de una libertad perseguida por continuas reacciones; de una libertad, que sola ha brillado ó al través de las nieblas ó entre el fragor de la tempestad; de una libertad muchas veces revolucionaria que ha pasado sobre nuestra frente como las amargas olas de una inundación; de una libertad, en fin, que combatida por distintos y encontrados enemigos no ha podido aún fecundar con su amor toda la tierra.

¿Qué sería si se realizase la última evolución de la idea liberal que se llama democracia; qué sería el mundo? La personalidad humana perdería las últimas cadenas, que aún hoy la oprimen; la paz reinaría sobre toda la tierra; el orden fundado en el derecho, y como el derecho inquebrantable, no sería ese orden silencioso que tanto se asemeja en los pueblos esclavos á la paz de los sepulcros; el hombre instruido en sus deberes, ejerciendo sus naturales prerogativas, no vería en ningún hombre un enemigo, sino en todos hermanos; la libertad dentro de sus naturales condiciones, y de ninguna suerte violentada, uniendo y concertando unos pueblos con otros pueblos, brillaría pura como el sol en un cielo sin nubes; el trabajo libre, la

propiedad asegurada, los últimos privilegios muertos, el derecho concedido no al oro, sino al espíritu humano; el pensamiento luciendo en todas las frentes, inundando con sus resplandores todas las conciencias; las naciones dentro de sus fronteras como el individuo en su ley; todos estos bienes harían de la tierra, donde nos envió Dios á realizar nuestra ciencia, un templo, y del hombre el verdadero rey de la naturaleza.

Y este bien es fácil, es hacedero. Comparemos los tiempos que han pasado con nuestros tiempos. ¿Quién le hubiera dicho al siervo que había de ser suyo su trabajo? ¿Quién que él y su señor habían de estar sujetos á un mismo código, á un mismo tribunal y á una misma ley? ¿Quién le hubiera podido profetizar que tendría libertad y derecho para formar las leyes? Pues bien, si esa clase media, hoy tan ufana, buscara en las cenizas de los tiempos pasados los huesos de sus padres, encontraría que todos esos huesos llevaban aún la marca de la servidumbre; pues mientras sus padres pasaron largos días de afrenta y de oprobio, la clase media hoy es propietaria, gobierna, influye en la sociedad, y de los huesos y de las cenizas de los esclavos han salido los reyes, los verda-

deros reyes de los tiempos modernos que en sí concentran hoy la libertad y la fuerza.

La trasformacion que nosotros pedimos no es ménos justa y necesaria que la trasformacion social por que ha pasado nuestro siglo. Nosotros pedimos sólo que se realice en todas sus partes la idea del derecho. Pedimos que el hombre ejerza la libertad de su razon en la prensa, sin sujetarse al vil metal, que es un absurdo privilegio; pedimos que ejerza su libre juicio en el jurado; pedimos que practique su voluntad por medio del sufragio; pedimos que pueda asociarse con sus hermanos; pedimos que no se pierda la actividad de unos, mientras se aprovecha la actividad de otros; pedimos la igualdad política en armonía con la igualdad civil ya conquistada; pedimos que los derechos sean iguales lo mismo que los deberes; pedimos todo lo que ha proclamado la razon y la ciencia en sus grandes manifestaciones y en sus profundas enseñanzas.

Y nunca más que ahora conviene concretar estos principios, ahora que se duda de nuestras ideas acerca de la soberanía nacional. Ábrase el libro de que tratamos y se verá que á través de millares de leguas, en apartado continente, en un medio social distinto, y en bien

diferentes circunstancias, un pensador democrata, que sólo oye la voz de su conciencia y los sentimientos de su corazón, sostiene que la soberanía nacional es ilusoria, engañosa, es como la burlesca inscripción que los jueces de la tierra pusieron en la sagrada cruz del Salvador del mundo, si no se funda y sostiene en todos los grandes y ya definidos derechos que constituyen la augusta personalidad del hombre. La libertad; sí, la libertad es el principio que todo lo resuelve y armoniza; pero la libertad es imposible si no se generaliza, fundándose en la igualdad natural de todos los hombres.

Y no hay más remedio que, ó bajar la frente ante esta libertad, ó enterrarse en el polvo de lo pasado. Esa libertad está en todas las conciencias, y es la esperanza de todos los corazones. Los que la niegan, la aman; los que la odian, la practican. Esa libertad es buena, es clara como el sol. En vano la maldecireis; lleva en su seno el poder de la Providencia y la vida del mundo. En vano le atajareis el paso; seguirá su camino pulverizando los castillos, extinguiendo las hogueras, bajando á la choza del oprimido, uniendo en amor á todos los hombres. Para esa libertad se han obrado to-

das las maravillas del mundo moderno; la pólvora, la imprenta, el vapor, la electricidad, el crédito, han sido sus soldados.

Esa libertad es el númen de nuestra civilización. Napoleon III no se atreve á negarla; en su omnipotencia la mira aún como la única sancion de su victoria; el autócrata ruso la lleva con sus propias manos hasta los labios mismos del mísero siervo encorvado sobre la gleba; la América la reconoce por su única estrella en medio de sus grandes tempestades; toda la vieja Europa abandona por ella sus antiguos ídolos; Italia sacude sus cadenas para abrazarla; España la sigue con ardor, derramando en sus aras torrentes de sangre; Bélgica y Holanda la conservan y engrandecen; Inglaterra destruye con esa libertad los últimos restos del feudalismo, y todos los hombres comprenden que ese sagrado principio es el pacto verdadero de la alianza de toda la humanidad en la tierra.

La voz de nuestro amigo que atraviesa las distancias, y se oye, á pesar del ruido de las olas que nos separan en este viejo mundo, nos dice y nos enseña que esa libertad no puede morir; antes cada día cobrará más vida, porque en todos los pueblos, en todos los continen-

tes, do quier fije el hombre la planta, en todo el mundo se siente el fuego, el calor de esa gran idea que va á ser el eterno sol de nuestro dichoso porvenir.

Abril de 1858.

ITÚRBIDE

por D. Cárlos Navarro y Rodrigo diputado constituyente.—Imprenta y librería universal, Arenal. 16.

Un libro histórico más añadido por el señor Navarro y Rodrigo á *Cisneros*, á *O'Donnell y su tiempo*; libro escrito en estilo elegante, pensado con madurez, á mis creencias opuesto; pero obra de un criterio, si erróneo, firme y jamás desmentido ni en una sola línea. El Sr. Navarro es diligente en el estudio, sistemático en las ideas, sóbrio en la expresion, vigoroso en la contienda, implacable con sus enemigos, y dado á buscar en tiempos pasados ejemplos para el nuestro, y aún con el nuestro semejanzas, cosa no extraña si atendemos á que el hombre es un sér fundamentalmente idéntico en todos los siglos, y á que la historia es una tragedia muy uniforme, como las tragedias clásicas, y á veces muy monotonas.